

Tipos de miedo en Jóvenes de sectores populares

Salomón Magendzo y Manuel Rubio

Introducción

El miedo se concibe como una manifestación de preocupación y temor en la cual una persona pone en tensión su sistema de alerta frente a la posibilidad de un peligro real o ficticio. Este sentimiento combina aspectos de carácter cognitivo (preocupación) y emocionales (temor; Silverman, La Greca y Wasserstein, 1995).

La dimensión cognitiva, la preocupación, implicaría la capacidad de anticipar consecuencias y ensayar idealmente formas de acción que le aseguren al individuo salvaguardar su existencia. La dimensión emocional, reflejada a través del temor, contribuiría a que el individuo evitara una situación peligrosa o tomara iniciativas plausibles cuando se haya en un tipo de situación de esa naturaleza.

El miedo, como todas las conductas humanas pertenece al ámbito de lo filogenético y de lo ontogenético. Nuestra especie responde a través del miedo con el fin de prepararse al enfrentamiento de lo desconocido. Pero también el miedo es algo adquirido a través del aprendizaje. En ambos casos cumple una función adaptativa (Rosen y Chulkin, 1998).

El miedo, en consecuencia, sería una forma sana de enfrentar una amenaza concreta (Burnham y Gullone, 1997). Sin embargo, hay personas que proyectan el miedo como un estilo personal de vida. Constantemente se preocupan y se atemorizan frente a situaciones relativamente cotidianas o incluso fantasean frente a situaciones abstractas que no han vivido o que, simplemente, no están en su horizonte de posibilidades cercano. A primera vista, esto se presenta como una forma idiosincrática de relacionarse con el mundo, e implicaría un desgaste vital al tener constantemente activado el miedo como reacción fundamental en su vida. Al respecto se señala que las personas muy miedosas poseen bajo autoconcepto y la orientación de su locus de control es más externa, por lo cual frecuentemente perciben una falta de control sobre los eventos que les producen miedo (Ollendick, Yule, y Ollier, 1991).

Desde el punto de vista evolutivo, los miedos surgirían en la infancia en la medida que el niño es capaz de ir acrecentando sus capacidad de percibir daños potenciales en una situación determinada, aun cuando no comprenda totalmente dicha situación ni pueda controlarla (Ollendick, Yule, y Ollier, 1991). De esta manera muchos miedos son específicos a determinada edad y, por lo tanto, transitorios. Esto quiere decir que la naturaleza e intensidad de los miedos vividos en la infancia cambia con el desarrollo (Dong, Yang, y Ollendick, 1994; Spence y McCathie, 1993; Ollendick, Yule y Ollier, 1991).

En general, los niños menores de dos años experimentan miedos concretos e inmediatos. Entre los 4 y 8 años, aparecen los miedos anticipatorios o imaginativos. Los miedos asociados con el fracaso y la crítica social son experimentados por niños mayores y adolescente, es decir, entre los 9-18 años (Bouldin y Pratt, 1998).

Sin embargo se señala que a lo largo de la trayectoria de vida de los niños y adolescentes, los miedos que tienden a permanecer relativamente estables en el tiempo son aquellos referidos al daño, la muerte y el peligro (Spence y McCathie, 1993). Estos miedos que tienen que ver con potenciales daños a la integridad y seguridad personal parecieran que son comunes a los seres humanos, independientemente de la cultura de la cual provengan (Ollendick, Yule, y Ollier, 1991).

En relación a la variable género se ha podido constatar que las mujeres tienden a tener miedos en mayor cantidad e intensidad. Empero, el significado exacto de esa diferencia de género permanece sin aclarar. Por un lado, algunos investigadores atribuyen dichas diferencias a que las niñas son «socializadas» para ser más temerosas que los niños (Dong y otros, 1994). En cambio, otros investigadores indican que los niños responden a los diversos instrumentos utilizados tratando de preservar su imagen masculina, por lo cual no reportarían todos sus miedos ni las intensidades con las cuales los experimentan (Burnham y Gullone, 1997).

El presente estudio pretende indagar en los tipos de miedos de jóvenes que vivieron su infancia en el contexto de violencia y represión en los sectores populares urbanos durante la década del 80.

Como se sabe, el régimen militar que gobernó Chile entre 1973 y 1990 implementó una estrategia de represión que lo llevaron a ser condenado por violación de los derechos humanos en la Organización Mundial de las Naciones Unidas. Esta represión se masificó durante el llamado ciclo de las protestas (82-87), generando un contexto de incertidumbre y amenaza para una parte importante de la población, especialmente los sectores populares urbanos.

Consecuente con lo anterior, nuestra investigación se planteó como una indagación sobre los miedos y formas de asumirlos por los jóvenes que vivieron su infancia en dicho contexto de represión y violencia.

En una investigación realizada con la misma población del presente estudio pudimos constatar que el 68% de estos jóvenes vivió como niño el clima de represión y violencia con la sensación de amenaza (ya fuera reactiva y momentánea —el 30.8%— o intensa, prolongada y disruptivamente —el 37.2%—). Esta sensación de amenaza fue vivida significativamente con una mayor disrupción por jóvenes provenientes de una población intensamente reprimida -el 62.9%- que los que vivieron en poblaciones difusamente reprimidas -16.3%- (Magendzo, Rubio y Aubel, 1999).

Pese a la grave situación vivida, la mayor parte de los jóvenes encuestados en su autopercepción actual no expresan modos constrictivos de ser ni se caracterizan por ser miedosos. No existiendo diferencias significativas entre los que vivieron en poblaciones intensamente reprimida y los que lo hicieron en aquellas que fueron difusamente reprimida. De hecho el 78.7% se percibe como expansivo y el 67.1% se define a sí mismo como poco o nada miedoso (Magendzo, Rubio y Aubel, 1999)

En una perspectiva cualitativa se ha encontrado que la represión y la reacción frente a ella, pasó a ser un rasgo dentro de la configuración sociocultural de los sectores populares, que en el caso concreto de los niños y niñas significó vivir en un medio social cuyas relaciones estaban marcadas por la vulnerabilidad y el temor (Magendzo y Rubio, 1999).

La incontrolabilidad de los eventos represivos provocó en muchos niños y niñas una fuerte sensación de desamparo. Posterior al hecho represivo, se instalaba en la mayor parte de ellos una angustia difusa que los hacía estar permanentemente alerta frente alguna señal de peligro y/o con una imaginación fuertemente activada, construyendo y reconstruyendo la amenaza. Estas emociones eran aliviada, tanto durante como después del hecho represivo, por la cercanía física con otros (Magendzo y Rubio, 1999).

En suma, para una cantidad importante de niños y niñas los actos represivos se tradujeron en un hecho traumático, con secuelas similares a las que han sido constatada en estudios con niños y niñas expuestos a la represión selectiva —familiares torturados, encarcelados o desaparecidos— (Magendzo y Rubio, 1999)

La represión fue un evento que produjo la experimentación de sensaciones estresantes en la mayor parte de los entrevistados, pero conviene indicar que ellos, cuando jóvenes, tendieron a positivizar las consecuencias biográficas del clima de represión y violencia. Es así que el 53.9% fue capaz de resaltar algún aspecto positivo de dicho clima (Magendzo, Rubio y Aubel, 1999; Magendzo y Rubio, 1999).

Indudablemente, la posibilidad de rescatar algún efecto positivo permitió elaborar la situación vivida en la perspectiva de que no implicara, como

consecuencia, que los entrevistados como jóvenes vivieran su existencia de modo constrictivo, a pesar de que algunos de ellos manifiesta cierto temor a que el contexto de represión y violencia pudiera repetirse (Magendzo y Rubio, 1999).

El presente trabajo muestra los resultados vinculados con los tipos de miedos que los entrevistados manifestaron tener hoy como jóvenes y las atribuciones que ellos hacen para explicar la existencia o ausencia de miedo.

Al respecto se hipotetizó que existirían diferencias significativas si se consideraban las variables: tipo de población en el cual vivieron su infancia, sexo, vivencia del clima de represión y violencia, percepción de influencia de dicho clima y la característica de ser o no ser miedoso.

MÉTODO

Participantes.

La **muestra** estuvo compuesta por 78 jóvenes de diversas comunas del Área Metropolitana, como ser Recoleta, Independencia, Estación Central, Colina, Cerro Navia. De la muestra total 40 eran mujeres (22 de una población difusamente reprimida y 18 de una intensamente reprimida) y 38 eran hombres (21 de una población difusamente reprimida y 17 de una intensamente reprimida), con edades entre los 19 y 24 años.

Los dos grupos se caracterizaron como sigue:

- a. **Poblaciones reprimidas intensa y masivamente.** En éstas la represión se vivió como un hecho que afectó a toda la comunidad, pues se ejerció en forma sistemática y generalizada mediante allanamientos masivos, presencia policial constante, disparos, golpizas, muertes, bombas lacrimógenas, ocupación militar (por ejemplo, uso de tanquetas para reprimir protestas de sus habitantes).
- b. **Poblaciones reprimidas difusa y menos tangiblemente.** En éstas la represión se presentaba de manera más difusa y menos brutal. La represión se vivía como algo menos tangible, se escuchaba de ella, se podía observar el desplazamiento de militares o comentarios sobre allanamientos masivos. Sólo eventualmente podía darse un caso de represión concreta, con un alto grado de selectividad y violencia, que podía afectar a una familia en especial.

Todas estas poblaciones son consideradas como parte de los denominados sectores populares, por lo cual a pesar de sus diferencias sus habitantes comparten situaciones de carencias materiales de vida, tanto a nivel individual como del espacio común. Siendo relativamente similares las condiciones de vida, se buscó que la forma e intensidad de la represión ejercida fuera una variable distintiva entre ellas.

Se intencionó la máxima heterogeneidad posible, excluyendo a aquellos cuyas familias hayan experimentados situaciones de represión directa (desaparecimiento, encarcelamiento y/o torturas por motivos políticos).

Instrumentos.

Los instrumentos utilizados para la presente investigación fueron un cuestionario de autoadministración y una entrevista en profundidad, los cuáles registraban antecedentes personales de los sujetos del estudio así como la percepción de ellos en lo que respecta al fenómeno del miedo.

El cuestionario se estructuró sobre la base de las variables: sexo, autopercepción de la vivencia del miedo, tipos de miedo y atribuciones que explican la presencia o ausencia de miedo.

La variable «autopercepción de la vivencia del miedo» se obtuvo de una escala construida en el marco de la investigación en la cual se inserta el presente estudio. Dicha escala se elaboró sobre la base de siete ítems tipo likert, con afirmaciones que medían las dimensiones cantidad («yo soy una persona que le tengo miedo a muchas cosas»), intensidad («los miedos que tengo los vivo con mucho susto»), reacción («me cuesta sobreponerme cuando tengo un miedo») y regularidad de la vivencia del miedo («permanentemente tengo la sensación de estar con miedo»), frente a las cuales el encuestado manifestaba su grado de acuerdo (muy de acuerdo, de acuerdo, en desacuerdo, muy en desacuerdo). Los encuestados fueron distribuidos en cuatro grupos según el puntaje obtenido: nada miedoso, poco miedoso, miedoso, muy miedoso (Magendzo, Rubio y Aabel, 1999).

La variable «tipos de miedo» se midió mediante una pregunta abierta en la que se le pedía a los encuestados que hicieran un listado de los miedos más desagradables que tuvieran. Después de lo cual se les consultó que reaccionarían a la frase «yo soy una persona que le tiene miedo a muchas cosas», manifestando su grado de acuerdo o desacuerdo. Posteriormente, se le pedía que explicarían a que se debía dicha respuesta, independientemente de cual hubiera sido ésta. Esa explicación se categorizó como la variable «atribuciones que explican la presencia o ausencia de miedo».

La entrevista en profundidad se realizó utilizando una pauta semiestructurada, con preguntas abiertas orientadas a conocer la existencia de recuerdos vinculados al clima de violencia política, los contenidos de esos recuerdos, las explicaciones atribuidas cuando niños a esos sucesos, sus reacciones emocionales y comportamentales, sus efectos en el tiempo y posibles influencias en el modo de ser actual. También preguntaba acerca de las reacciones familiares frente al clima de violencia y represión.

A partir de la información obtenida, se generó una matriz de categorías que emergieron de los propios datos. Para el presente artículo se consideran dos variables obtenida de dicha forma: «vivencia del clima de represión y violencia» y «percepción de influencia de dicho clima». Cabe indicar que la tabulación de las entrevistas de acuerdo con las dos variables mencionadas se hizo por dos de los co-investigadores, mediando un tercero cuando hubo alguna diferencia.

Procedimiento.

Inicialmente se procedió a la selección de la muestra. Para esto se buscaron informantes claves en las diversas poblaciones que participaron en el estudio. Estos informantes eran personas con un amplio conocimiento acerca de su población. Estos colaboraron en la selección de los sujetos entrevistados y, para ello, fueron instruidos de no mencionar ciertos temas que pudieran prejuiciar sobre el contenido de la entrevista, tales como, miedo, régimen militar, tiempo de las protestas, dictadura, represión, violencia y muerte. Los jóvenes simplemente fueron invitados a participar en una conversación que giraba sobre recuerdos de la infancia y su realidad actual. De todas formas, al iniciar cada entrevista se hizo una breve indagación sobre aquello que los jóvenes manejaban sobre la investigación. Si mencionaban alguno de los temas indicados anteriormente, no podían ser entrevistados.

Para analizar la relación significativa de la variable «tipos de miedo» con las variables tipo de población y sexo, se calculó las diferencias de las proporciones observada expresada en puntaje z y, en los otros casos, se utilizó el estadígrafo chi cuadrado, considerando en ambos casos las diferencias como significativa al nivel 0.05.

RESULTADOS.

El cumulo de miedos que los encuestados manifestaron tener fueron ordenados en los siguientes tipos y de acuerdo con las palabras mencionadas por ellos.

- a) Muerte: muerte, pérdida de un familiar, muerte de un familiar.
- b) Fracaso: fracasar, no lograr lo que me he propuesto, ineptitud para alcanzar mis metas.
- c) Soledad: sentirse solo, sufrir solo.
- d) Enfermedades: enfermedad, enfermedades físicas, sida, daño físico, enfermedades mentales, locura, drogadicción.
- e) Accidentes: accidentes, ahogarse, incendios, peligros.
- f) Asaltos: Asaltos, robo, violaciones.
- g) Animales: ratones, arañas, bichos, perros.
- h) Separación: separación, abandono afectivo, rompimiento por infidelidad.
- i) Represión: represión, militares, balaceras, persecución, dictadura, enfrentamientos.

- j) Violencia: peleas, agresión, violencia, violencia familiar.
- k) Rechazo: rechazo.
- l) Injusticias: injusticia, personas injustas, falta de expresión.
- l) Egoísmo: egoísmo, individualismo, inconciencia.
- m) Deslealtad: deslealtad, traición.
- n) Catástrofes: temblores, catástrofes.
- o) Pobreza: pobreza, cesantía, hambre.
- p) otros: alturas, guerra, diablo, oscuridad.

Como es posible observar en el cuadro N° 1 los tipos de miedos que fueron proporcionalmente más enunciados por los jóvenes fueron la muerte, el fracaso, la soledad y la enfermedad. El promedio de miedos mencionados por cada joven fue de 3.01 con una desviación standard de 1.32. Es así que el total de veces en que fueron nombradas los 17 tipos de miedo por los jóvenes de la muestra fue de 217 como se observa en el cuadro.

CUADRO N° 1:

Listado de miedos sentido por los jóvenes entrevistados, expresado en frecuencia y porcentaje.

TIPOS DE MIEDO	TOTAL	
MUERTE	29	37.2%
FRACASO	27	34.6%
SOLEDAD	23	29.5%
ENFERMEDAD	23	29.5%
ACCIDENTES	14	18.0%
ASALTOS	13	16.7%
ANIMALES	12	15.4%
REPRESIÓN	11	14.1%
SEPARACIÓN	10	12.8%
VIOLENCIA	9	11.5%
RECHAZO	7	9.0%
INJUSTICIA	7	9.0%
EGOÍSMO	5	6.4%
DESLEALTAD	5	6.4%
CATÁSTROFE	5	6.4%
POBREZA	4	5.1%
OTROS	7	9.0%
TOTAL	217	

Con el fin de comparar el listado de miedos según las variables tipo de población en que se vivió la infancia, sexo, percepción de amenaza, percepción de influencia del clima de represión y violencia, y autopercepción de la vivencia del miedo, se organizaron aquellos en tres grandes categorías, a saber:

1. Agresión a la vida. En el cual se consideran aquellas situaciones que pudieran afectar o dañar la existencia física de una persona: muerte, enfermedades, accidentes, asaltos, represión, violencia y catástrofe.
2. Perjuicio existencial con características depresiógenas. Definido como aquellos temores a vivir situaciones negativas de vida: fracaso, soledad, rechazo y separación.
3. Miedos de orden valórico. Temores a que otros puedan perjudicarlos a través de una acción incorrecta: injusticia, egoísmo y deslealtad.

En el cuadro siguiente se reporta la relación entre el tipo de población que vivieron los jóvenes cuando niños y las tres categorías de miedos construidos.

CUADRO N° 2:

CATEGORÍAS DE MIEDO	DIFUSAMENTE REPRIMIDA		INTENSAMENTE REPRIMIDA		z	p
Agresión a la vida	31	72.1%	25	71.4%	0.07	0.96
Perjuicio existencial	24	55.8%	20	57.1%	0.12	0.90
Miedos de orden valórico	4	9.3%	9	25.7%	1.93	0.05
MEDIA	3.00		3.03			
D. ESTÁNDAR	1.30		1.36			

Ambos grupos sólo se diferencian significativamente respecto a los temores vinculados con los miedos de orden valórico, sería mayor la proporción de jóvenes que vivieron en una población intensamente reprimida la que expresa dichos temores. Sin embargo, el n es muy bajo para establecer conclusiones muy definitivas.

Al observar el promedio de miedos de ambos grupos notamos que no existen diferencias significativas ($z=0.09$ $p=0.93$).

Al cruzar la variable tipos de miedo con el sexo de los entrevistados, se obtuvieron los resultados contenidos en el cuadro N° 3.

CUADRO N° 3
Categorías de miedos ordenados según sexo,
expresado en frecuencia y porcentaje.

CATEGORÍAS DE MIEDO	FEMENINO		MASCULINO		z	p
	frec	%	frec	%		
Agresión a la vida	34	85.0%	22	57.9%	2.48	0.01
Perjuicio existencial	23	57.5%	21	57.1%	0.12	0.90
Miedos de orden valórico	9	22.5%	4	10.5%	1.42	0.16
MEDIA	3.08		2.94			
D. ESTÁNDAR	1.33		1.32			

Significativamente es mayor la proporción de mujeres que expresa temores a la agresión. En los dos otros tipos de miedo no se dan diferencias significativas.

Al comparar los promedios obtenidos por las mujeres y los varones se observa que no existe diferencia significativa entre ellos ($z=0.44$ $p=0.66$).

Postulamos que existiría una asociación entre las categorías de miedo y la percepción que tuvieron estos jóvenes de la manera que vivenciaron el clima de represión y violencia experimentado en la infancia; en el sentido de que mientras mayor la sensación de amenaza vivida habría mayor porcentaje en las categorías existencial y valórica. La variable vivencia del clima de represión y violencia fue definida del siguiente modo.

- Ausencia de riesgo.** Los entrevistados no tienen recuerdos infantiles vinculados al clima de violencia y represión; o éstos se presentan de manera bastante difusa, por ejemplo, puede que se haya escuchado alguna vez de un suceso, pero no se ha vivido de manera directa.
- Sensación de amenaza reactiva y momentánea.** La represión constituía una amenaza latente que se activaba como respuesta a las protestas y que **podía afectar la integridad personal o familiar**; o era una suerte de espectáculo que se observaba con miedo desde el hogar, el cual se significaba como lugar de seguridad y protección, frente a un peligro relativamente focalizado en otros. Se diferencia de la próxima categoría porque en el relato de la entrevista se observa que el sentido de amenaza a la integridad personal y/o social está siempre **circunscrita al momento** de la represión y la protesta.
- Sensación de amenaza intensa, prolongada y disruptiva.** Los entrevistados se sintieron como niños **amenazados en su integridad personal y familiar**, lo cual fue vivenciado con una gama muy variada e intensa de emociones, tales como, miedo, angustia e incertidumbre ante la posibilidad de sufrir la violencia represiva, mezclada con sentimientos de odio, desesperación y rabia, que en algunas oportunidades se expresaba mediante el llanto, la búsqueda de refugio,

el quedarse perplejamente inmobilizados o aferrado a alguien que les proporcionara seguridad. Esa sensación de amenaza **tendía a prolongarse más allá del evento represivo e irrumpir en la cotidianeidad de los niños.**

A continuación presentamos la relación entre las categorías de miedo y la vivencia del clima de represión experimentado en la infancia.

CUADRO N° 4

Categorías de miedo ordenados según la vivencia del clima de represión y violencia experimentado en la infancia, expresado en frecuencia y porcentajes.

CATEGORÍAS DE MIEDO	Ausencia de riesgo		Amenaza reactiva y		amen. Intensa, prolong. y disruptiva momentánea		X ²	P
Agresión a la vida	17	68.0%	16	66.7%	23	79.3%	1.30	0.52
Perjuicio existencial	18	72.0%	12	50.0%	14	48.3%	3.65	0.16
Miedos de orden valórico	3	12.0%	5	20.8%	5	17.2%	0.70	0.71
PROMEDIO	3.04		2.73		3.23			
D. ESTANDAR	1.52		1.12		1.27			

La comparación entre los tres grupos de jóvenes no permite establecer la existencia de diferencias significativas en ninguno de los tres tipos de miedos analizados.

Al comparar los promedios se observan diferencias significativas entre los jóvenes que vivieron con sensación de amenaza reactiva y momentánea, quienes tendrían un cantidad menor de miedos, respecto de los que vivieron con sensación de amenaza intensa, prolongada y disruptiva ($z=4.46$ $p=0.00$) y los que tuvieron sensación de ausencia de amenaza ($z=2.06$ $p=0.04$). Al comparar estos dos últimos grupos, se observa que no existe diferencia significativa entre ellos ($z=1.24$ $p=0.22$).

Por otro lado pareció sugerente determinar la relación que existiría entre los miedos de los jóvenes y la percepción que tenían acerca de como la experiencia infantil influyo en su comportamiento actual como jóvenes. Las categorías de esta última variable son:

- Sin influencia.** El joven **explícitamente** no visualiza ninguna influencia producto de dicho clima, a pesar de que la pregunta sobre este tópico haya sido reiterada cuando en el relato pudiera haber indicios al respecto, tratando de evitar al máximo la inducción.
- Influencias negativas.** El joven **explícitamente** visualiza influencias negativas del mencionado clima en su forma de ser, pensar y actuar, caracterizándose como poco expresivo, desconfiado y miedoso; en algunos casos, como autori-

tarios, agresivos, duros e intolerantes; y en otros sienten rechazo y/o temor a la autoridad, desencanto o falta de credibilidad en lo político-institucional.

- c) **Influencias positivas:** Sin negar que la infancia fue un período difícil producto de la represión y de que eventualmente sea un poco miedoso, el joven **explícitamente** percibe efectos positivos en su manera de ser, pensar y actuar, visualizándose, por un lado, como decidido, valiente, fuerte, responsable y consciente de sus derechos; y, por otro, valorando la vida, la libertad y la lucha por lo que se cree correcto, oponiéndose al abuso de poder, a la injusticia y a la falta de equidad, lo que en algunos casos se concreta en una orientación hacia el trabajo social.
- d) **Ambos tipos de influencia.** El joven percibe una serie de efectos en su manera de ser, pensar y actuar, tanto positivos como negativos, producto del clima de violencia y represión vivido en la infancia.

El cruce y los resultados de la variable categoría de miedo y percepción del tipo de influencia del clima de represión y violencia sobre ellos, como jóvenes, se observa en el cuadro N° 5.

CUADRO N° 5:
Categorías de miedos ordenados según percepción de influencias del clima de represión y violencia.

CATEGORÍAS DE MIEDO	sin influencia	Negativa	Positiva	Ambas	X ² p
Agresión a la vida	17 65.4%	9 90.0%	13 72.2%	17 65.4%	2.18 0.54
Perjuicio existencial	17 65.4%	7 70.0%	9 50.0%	11 42.3%	3.00 0.39
Miedos de orden valórico	0 0.0%	0 0.0%	8 44.4%	5 19.2%	17.5 0.00
PROMEDIO	2.65	3.00	3.17	3.29	
D. ESTANDAR	1.27	1.15	1.50	1.27	

Las diferencias porcentuales que aparecen entre los distintos grupos, sólo alcanzan el nivel de significatividad considerado crítico respecto de los miedos valóricos, pues serían los que perciben «influencias positivas» los que más expresan este tipo de temor. Sin embargo, en consideración al número de sujetos en cada celdilla el hallazgo no puede ser en definitiva considerado más allá de un valor cualitativo.

Al comparar los promedios se observa que los «sin influencia» se diferencian significativamente al tener un promedio menor de miedos respecto de los que reconocen «influencias positivas» y «ambos tipos de influencia» ($z=9.14$ y $z=2.64$, con un $p=0.01$ éste último).

Al comparar los promedios de los que perciben «influencia negativa» con los que perciben «ambas», se observa que existen diferencias significativas ($z=1.94$ $p=0.05$).

Consideramos importante conocer la relación que podría existir entre la valoración de percibirse más o menos miedoso y las tres categorías de miedo. El cuadro N° 6 da cuenta de esta asociación.

CUADRO N° 6:

Categorías de miedos ordenados según la autopercepción de la vivencia del miedo, expresado en frecuencia y porcentaje.

CATEGORÍAS DE MIEDO	MUY MIEDOSOS Y MIEDOSOS		POCO Y NADA MIEDOSOS		z	p
Agresión a la vida	22	88.0%	32	60.4%	2.36	0.02
Perjuicio existencial	16	64.0%	28	52.8%	0.95	0.34
Miedos de orden valórico	4	16.0%	9	17.0%	0.11	0.91
PROMEDIO	3.50		2.77			
D. ESTÁNDAR	1.47		1.17			

Significativamente el porcentaje de jóvenes que se perciben «poco y nada miedoso» en la categoría «agresión a la vida» es menor que el porcentaje del grupo «muy miedoso y miedoso».

En los otros dos tipos de miedo, no hay diferencias significativas entre la proporción de jóvenes que manifiesta tenerlos.

Al analizar la diferencia en el promedio de miedos, se obtiene que los jóvenes «muy miedosos y miedosos» se diferencia significativamente de los «nada y poco miedosos» ($z=2.14$ $p=0.03$).

Finalmente en lo que respecta a las razones que explican el hecho de que sean miedos o poco miedosos, el primer grupo fueron 57 (el 76%) y el segundo grupo fueron 18 (el 24%).

En el primer grupo, es decir los que se reconocen como miedos, las atribuciones se ordenaron en categorías generadas por los entrevistados. Estas categorías son la que aparecen a continuación:

- Explicaciones que se localizan en la estructura subjetiva.** El sujeto proporciona motivos que tienen que ver con la forma como el se percibe interiormente, tales como, «creo que se debe a falta de seguridad interna. Además de lo terrible que se ve»; «falta de seguridad en mí, un poco abandonada»; «a no ser lo que quiero ser»; «debido a mi personalidad y modo de ser, que siento que me dan miedo la mayoría de los peligros»; «no hay respuesta. Creo que se debe a mi forma de ser»; «por ser sensible».
- Explicaciones que aluden a las condiciones de vida.** El sujeto proporciona razones vinculadas a determinadas experiencia que le afectaron o a factores provenientes del entorno, tales como, «creo que se debe a una historia personal específica»; «experiencias límites que te hacen ponerte más duro o más frío»;

«no le temo a las cosas, pero sí a algunas personas que no saben razonar, como son los delincuentes ya no rehabilitados»; «A los hechos vividos durante el régimen militar».

- d) **Explicaciones vinculadas con la esencia de la vida.** Los sujetos mencionan que los miedos son parte sustanciales de la vida humana, por lo cual cada individuo naturalmente experimenta esta emoción. Algunas citas que ilustran esta posición son: «a que siento que como persona tengo que vivir cosas buenas y malas. Si aprovecho las buenas tengo que vivir las malas, ya que nunca todo va a ser como yo quiero»; «Creo que se debe al reconocer que el todo tiene un componente de caos, de absurdo y que al mismo tiempo debe existir un equilibrio».

Las expresiones de los 57 jóvenes que explicaron por que son miedosos permitieron construir el cuadro N° 7.

CUADRO N° 7:

Atribuciones con las cuales los entrevistados explican la **presencia** de miedo, según el tipo de población en que vivieron la infancia.

ATRIBUCIONES	Intensamente reprimida		Difusamente reprimida		Total	
	frec	%	frec	%	frec	%
Subjetivas	12	48.0%	18	56.3%	30	52.6%
Condic. de Vida	10	40.0%	11	34.4%	21	36.8%
Esencia de Vida	3	12.0%	3	9.3%	6	10.6%
TOTAL	25	100.0	32	100.0	57	100.0

Los jóvenes atribuyen significativamente más sus miedos a la estructura subjetiva de sí mismos que a las condiciones de vidas que les ha tocado vivir o la esencia de vida. No se observaron diferencias significativas entre ambos grupos ($X^2= 0.39$, $p=0.82$).

Respecto de las atribuciones que explican la característica de no ser miedosos, las categorías fueron las siguientes, las que igual que en el caso anterior se construyeron mediante citas textuales de los encuestados.

- a) Seguridad: «Yo creo que una persona no tiene porque tenerle miedo a muchas cosas si confía en sí misma»; «Generalmente me proyecto cosas. Es obvio sentir un poco de miedo, pero no tanto como para llegar a la meta. Si salió bien y si no, volveré de nuevo».
- b) Fortaleza: «Se debe a que no tengo miedo, soy fuerte a todas las cosas»; «Sé que existen en el entorno diversos agentes que interfieren en ti logrando un desajuste, ya sean temores, ansias, frustraciones, etc.. Pero es tu tarea reestructurarte y decidir la manera de como seguir haciendo».
- c) Capacidad de superar experiencias negativas: «A que he pasado muchas cosas que el general de la gente no pasa en su vida y las he superado mejor. Siempre mucho mejor de los que me han rodeado en esas situaciones»; «No tengo temo-

res a muchas cosas, a algunas solamente. Esto se debe, creo, a lo que he tenido que afrontar en mi vida».

Las expresiones de los 18 jóvenes que explicaron por que no son miedosos permitieron construir el cuadro N° 8.

CUADRO N° 8:

Atribuciones con las cuales los entrevistados explican la **ausencia** de miedo, según el tipo de población en que vivieron la infancia.

ATRIBUCIONES	INTENSAMENTE REPRIMIDA	DIFUSAMENTE REPRIMIDA	TOTAL
SEGURIDAD	2	5	7
FORTALEZA	1	5	6
CAPAC. SUPERAR	3	2	5
TOTAL	6	12	18

No se usaron estadígrafos por el bajo n en las celdillas pero la distribución total se ve como muy similar en las tres categorías

DISCUSIÓN

El Hallazgo que alrededor de un tercio sobre la totalidad de los entrevistados mencione la muerte, el fracaso, a la soledad y la enfermedad es relativamente similar a lo encontrado por las investigaciones consultadas. Aunque, debemos indicar que resulta difícil comparar los porcentajes obtenidos en nuestra investigación con otras efectuadas en diversos países, pues las investigaciones que pudimos consultar han utilizado instrumentos estandarizados con el propósito de reportar sus propiedades estadísticas. Debido a ello, los tipos de miedo se piensan como factores de un instrumento que pretende medir la intensidad de cada uno de ellos.

El miedo al fracaso y a la soledad, puede estar vinculado al proceso de inserción del joven en el mundo adulto, especialmente en lo que refiere a la formación de una familia estable y la consecución de un trabajo que le permita solventarse a sí mismo y su grupo familiar. De hecho, de acuerdo con un punto de vista evolutivo, la experimentación de este tipo de miedo surge en la adolescencia, serían reacciones normales y cumplirían una función adaptativa (Bouldin y Pratt, 1998). Desde una perspectiva social, la inserción exitosa de los jóvenes de sectores populares en el mundo adulto estaría dificultada por los altos porcentajes de desempleo juvenil, las altas expectativas que genera una mayor escolarización, la asincronía entre el sistema educativo y el mercado laboral, además que «el período de iniciación en la vida laboral es crítico, pues constituye una fase de transición que requiere de una estructuración cognitiva y una sumisión a los juicios de

otras personas, en un medio desconocido y controlado por una lógica distinta de aquellas a las cuales el joven está familiarizado» (Grada, 1996, pág. 17).

En consecuencia, no podemos desconocer que una sociedad competitiva como la nuestra, con índices altos de cesantía juvenil, pueda incidir en que el miedo al fracaso y la soledad se incrementen.

El gran porcentaje de jóvenes que manifiesta temor a la muerte y las enfermedades coincide con los hallazgos internacionales, en términos de que dichos temores son los que más comúnmente reportan los jóvenes, lo cual fundamentalmente se asocia con un aprendizaje biológico orientado a la sobrevivencia que sería independiente del contexto cultural (Gullone y King, 1990).

Es destacable el hecho que sólo un reducido porcentaje de jóvenes mencione el miedo a la pobreza. En este sentido este hallazgo viene a corroborar lo difícil que es, para alguien que no vive dicha condición, comprender plenamente el significado que ésta tiene para los propios pobres.

Al respecto Nanda y Pandey (1996) comentan que cuando los individuos perciben una discrepancia entre su actual posición y la posición deseada, comienzan a sentirse relativamente privado. Sin embargo, el modo en que estos sentimientos afecten la conducta del individuo, depende del tipo de privación que sienta y los grupos con los que se compare.

El porcentaje que acumula el temor a la represión (14.1%) también debe ser comentado. Aunque no es el más alto cabe preguntarse el motivo por el cual es mencionado, particularmente si consideramos que no se reporta este tipo de miedo en las investigaciones consultadas. Primero, es evidente que esto es un resabio del período tan prolongado de dictadura, el cual fue vivido como niños por estos jóvenes. Segundo, hoy en Chile existiría todavía un nivel de represión que se ejerce en contra de los jóvenes de sectores populares. Tercero, existe una percepción de impunidad que favorece a las fuerzas armadas y de orden, que las constituye en una suerte de amenaza latente para un sector de la población (Magendzo y Rubio, 1999).

Cabe comentar el hallazgo de que las razones que dan los jóvenes de por qué se perciben miedosos sean preferentemente de orden subjetivo. Este tipo de razones son significativamente las más mencionadas en comparación con aquellas vinculadas a las condiciones de vida o a la esencia de la vida. De alguna manera, los datos sugieren que existiría un mecanismo de tipo cultural para que los sujetos lleguen a darle preferencia una atribución interna más que una externa. Podríamos especular que nuestra cultura socializa a los individuos para que aquello que les sucede sea visualizado como de responsabilidad personal, por lo cual el control estaría radicado en

el propio individuo. Atribuir las razones de ser miedoso a factores especialmente externos sería quizá lo más lógico, dado lo que estos jóvenes han tenido que padecer. Sin embargo, la socialización ha conseguido que la mayor parte sienta que sus temores son más bien un asunto que se debe a ellos.

Ahora al analizar las tres categorías de miedos, se observa que el porcentaje de entrevistados que menciona temores vinculados a la «agresión a la vida» y «perjuicio existencial» es en ambos casos alto (71.8% y 56.4% respectivamente). Esto podría indicar que los temores a vivir situaciones existenciales negativas tienen tanta importancia para los jóvenes como la amenaza a la integridad física.

Si bien en el país existe preocupación por el daño físico que los ciudadanos pueden recibir (asaltos, muerte, violación, etc.), el estado despreocupa aquellas sensaciones de amenazas que perjudican a los jóvenes en aspectos de orden más bien psicológicos como son la soledad, el rechazo o el fracaso. Esta investigación da cuenta de este aspecto poco atendido y el cuál es necesario considerar.

Por otro lado, llama la atención que los jóvenes mencionen miedos en la dimensión de orden valórico, ya que, aunque no son un porcentaje importante al compararlo con las otras categorías (16.7%), no se encuentran en otras investigaciones. Tener miedo a la injusticia o a la deslealtad tiene mucho que ver con aquello que acontece en nuestra sociedad, en la cual estos dos valores se visualizan más bien como ausentes. El sólo hecho de que se mencionen es indicativo de algo que debe preocupar.

Siguiendo con el análisis de las categorías de miedo, cabe destacar la falta de asociación que existen entre aquellas que acumulan los mayores porcentajes («agresión a la vida» y «perjuicio existencial») con el tipo de población en que los jóvenes vivieron su infancia o con las sensaciones que tuvieron frente al clima de represión y violencia.

Lo esperable hubiese sido que aquellos jóvenes que vivieron como niño en poblaciones intensamente reprimidas y los que experimentaron una «sensación de amenaza intensa, prolongada y disruptiva», serían los que acusarían porcentajes significativamente mayor en las categorías de miedos construidas. Sin embargo, no hubo diferencias. Este resultado está relacionado con el hallazgo que encontramos en la investigación de la que el presente estudio forma parte, en la cual se constató que a lo largo de la trayectoria vital los jóvenes que como niños vivieron el clima de represión y violencia con mayor sensación de amenaza, fueron capaces de rescatar algún elemento positivo en su modo de pensar, sentir y actuar como jóvenes, que visualizan como resultado de su vivencia infantil de dicho clima. Este efecto de positivación de la situación vivida les habría permitido la recreación y

utilización de todos aquellos recursos psicosociales disponibles en su ambiente para restablecer el equilibrio personal, evitando de esa manera la instalación definitiva de un modo de ser constrictivo (Magendzo y Rubio, 1999; Magendzo, Rubio y Aubel, 1999). De algún modo ellos habrían aprendido a concentrar su atención en el desarrollo y confianza en sus capacidad para enfrentar situaciones adversas; éstas tendrían un efecto menos devastador pues ellos cuentan con la experiencia de movilizar y concentrar sus recursos psicosociales para afrontar positivamente tal tipo de situaciones. Cabe indicar que Alamo (1995) al estudiar a niños cuyos familiares fueron víctimas directa de la represión (detención, persecución, muerte, tortura, cárcel), indica que los trastornos conductuales, emocionales y físicos por él identificados, siguen existiendo después de ocurrido el hecho represivo, cuando la situación dolorosa se mantiene en forma indefinida, sin resolución. En otras palabras, el percibir una situación de cambio que disminuye o extingue la amenaza juega un rol fundamental en la superación de dichos trastornos. En este sentido los jóvenes entrevistados habrían desarrollado alguna forma de entendimiento experiencial y/o racional de la situación de amenaza, que la ubica temporalmente en un período histórico concreto ya superado. Si bien las emociones resultantes del clima de represión y violencia vividos por estos jóvenes siendo niños pudieran estar latentes a nivel tácito, ha habido un distanciamiento de dichas situaciones, pues no hay en la actualidad situaciones que mayormente pudieran estarlas gatillando. En esta perspectiva, los cambios que se producen en el contexto histórico (la transformación del patrón ideológico e institucional vigente bajo el régimen militar), impulsarían una progresiva readecuación de la organización mental de los individuos (cfr. Brofenbrenner, 1979).

Continuando con el análisis de las categorías de miedo, es sugerente preguntarse por qué los que se perciben como «poco o nada miedosos» tienen significativamente un menor porcentaje de miedos en la categoría «agresión a la vida» (muerte, enfermedades, accidentes, asalto, represión, violencia y catastrofe) al compararlos con los que se perciben como «muy miedosos o miedosos». Esto es posible explicar recurriendo a lo dicho por Guidano (1994). Este escribe que la organización de carácter fóbica, a la cual podría homologarse a los «muy miedosos o miedosos», intenta localizar más bien sus temores en aspectos externos que internos, ya que en estos últimos es más difícil de justificar la falta de control. Es decir, la muerte o la enfermedad son aspectos que la persona puede admitir que no controla, no así los miedos de tipo existencial. Resultaría difícil para la persona con organización fóbica reconocer que no puede controlarlos. Debemos recordar que el tema del control es el esencial en esta organización.

Habiendo finalizado con el análisis de las categorías de miedo, debemos comentar las pocas diferencias significativas encontradas en lo que respecta a los promedios de miedo en las respectivas variables independientes del estudio.

Primero aquella encontrada entre el grupo que percibe haber vivido el clima de represión y violencia en la infancia con «amenaza intensa, prolongada y disruptiva» de aquellos que lo hicieron con «amenaza reactiva y momentánea». El primer grupo tiene un promedio significativamente mayor que el segundo. En que éste hallazgo era esperable en conformidad a que el primer grupo efectivamente se sintió altamente amenazado como niño y este resultado podría ser efecto de eso. Es curioso que al estudiar la dimensión expansión-constricción no se encontraran diferencias entre ambos grupos (Magendzo, Rubio y Aubel, 1999). Aún no teniendo una cabal comprensión de como es que sucede esto, podemos pensar que ambas variables: expansión-constricción y miedo miden dimensiones psicológicas distintas.

Segundo, cabe comentar el hallazgo de que el grupo que percibe que el período de represión no tuvo influencia en ellos como jóvenes, presenta un promedio menor de miedos que los que si perciben influencias. Podríamos especular que esto pudiera estar relacionado con el menor compromiso emocional que tuvo este grupo con la represión, ya que perciben que no les ha repercutido, lo cual afecta el nivel de miedo que hoy sienten. Es importante poder seguir investigando al respecto para tener una explicación de orden empírico.

Bibliografía

- ALAMO, L. (1995): Estudio Exploratorio Respecto a las Repercusiones Psicológicas en Niños Víctimas de la Represión Política. En Alamo y otros: Infancia y Represión, Fundación PIDEE, Santiago.
- BOULDIN, P. y PRATT, CH. (1998): Utilizing Parent Report to Investigate Young Children's Fears: A Modification of the Fear Survey Schedule for Children-II: a research note. En *Child Psychol. Psychiat.*, Vol 39, N° 2.
- BRONFENBRENNER, V. (1979): *The Ecology of Human Development*. Harvard University Press, Cambridge.
- BURHAM, J. y GULLONE, E. (1997): The Fear Survey Schedule for Children-II: a Psychometric Investigation with American Data. En *Behav. Res. Ther.* Vol. 35, N°2.
- DONG, Q.; YANG, B. y OLLENDICK, T. (1994): Fears in Chinese Children and Adolescents and Their Relations to Anxiety and Depression. En *J. Child Psychiat.*, Vol.35, N° 2.
- GRADA (1996): Estudio sobre la calidad del componente de formación en el subprograma «Formación y Capacitación de Jóvenes» del Programa de Capacitación Laboral de Jóvenes. Informe Final, Ministerio del Trabajo, 1996.
- GULLONE, E. y KING, N. J. (1993): The Fears of Youth in the 1990s. En *Journal Genet Psychol*, N° 154, Monash University, Victoria, Australia.
- GUIDANO, V. (1994): *El Sí Mismo en Proceso*. Ediciones Paidós, Barcelona.
- MAGENDZO, S. y RUBIO, M. (1999): Vivencia Infantil del Clima de Violencia y Represión. Artículo enviado a la Revista Praxis. Universidad Diego Portales. .
- MAGENDZO, S.; RUBIO, M. y AUBEL, B. (1999): Vivencia Infantil del Clima de Violencia y Represión, y su Relación con la Constricción y el Miedo cuando

- Jóvenes. Aceptada su publicación para el mes de noviembre en la Revista Psykhe, Pontificia Universidad Católica, Santiago.
- NANDA. Urmi y PANDEY, Janak (1996): *Movility and Perception of Socioeconomic Status among Tribal and Caste Group*, en *Journal of Cross-Cultural Psychology*, Volumen 27, N° 2, Washington.
- OLLENDICK, T.; YULE, W. y OLLIER, K. (1991): *Fears in British Children and Their Relationship to Manifest Anxiety and Depression*. En *J. Child Psychol.*, Vol. 32, N° 2.
- ROSEN, J. y CHULKIN, J. (1998): *From Normal Fear to Pathological Anxiety*. En *Psychological Review*, Vol. 105, N° 2.
- SILVERMAN, W.; LA GRECA, A. y WASSERSTEIN, S. (1995): *What Do Children Worry About? Worries and Their Relation to Anxiety*. En *Child Development*, N° 66.
- SPENCE, S. y MC. CATHIE, H. (1993): *The Stability of Fears in Children*. En *Journal Child Psychol. Psychiatry*. Vol 34, N°4.